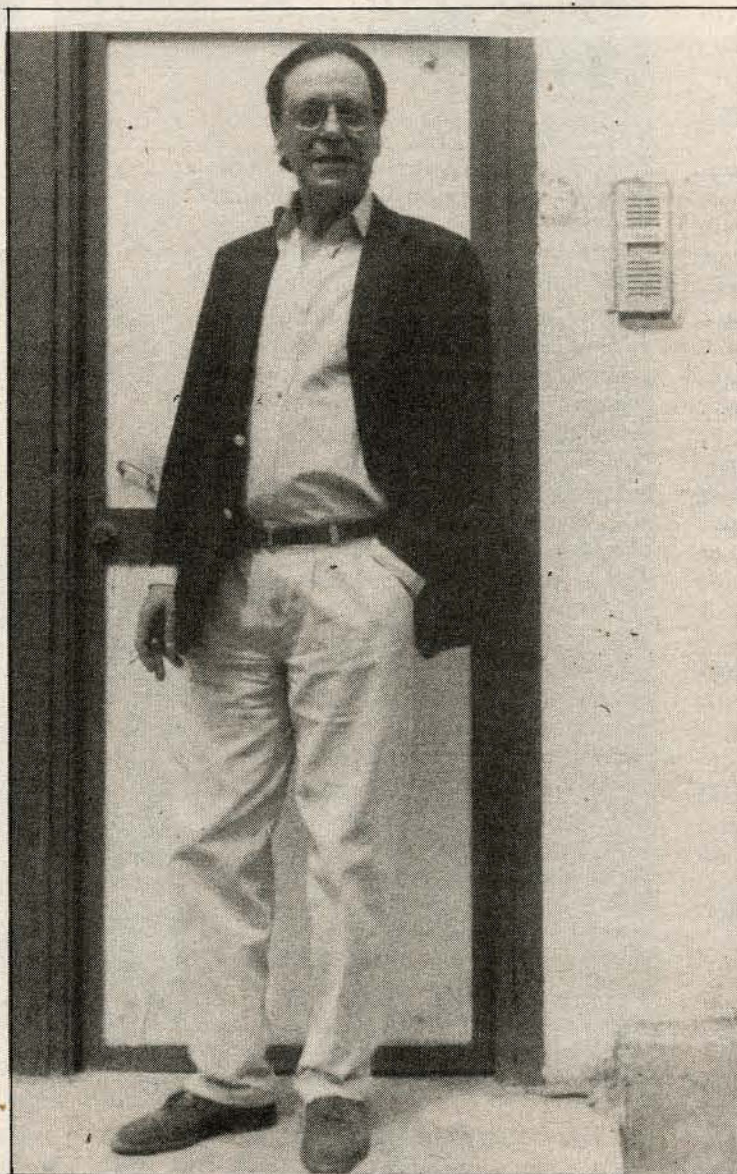




Giacconi en Nueva York y en Santiago

La actitud escritural de Claudio Giacconi, afirmada en su poemario **El derrumbe de Occidente**, despliega una visión crítica celebrada por las promociones posteriores a la Generación del 50. Desencanto y desencanto son sus armas permanentes.

Juan Cameron



Pero Occidente se derrumba

Reviso **El derrumbe de Occidente**, un poemario de hace cinco años atrás editado por Libros del Maitén, los de New York, en el número 8 de su colección. Es cuanto tengo del autor a mano. En las bibliotecas que pueblan la memoria quedaron **La difícil juventud**, cuentos fundamentales para nuestra época, y un ensayo sobre la obra de Gogol, Premio Gabriela Mistral, editado por Zig Zag en 1960. Se llamaba, tal vez, **Un hombre en la trampa**.

Giacconi, en verdad ganó un espacio solamente con ese título, tan preciso para sus cuentos del 50. Esa difícil juventud aún nos pena. Tal vez por ello, los exabruptos de los más jóvenes escritores hoy en día, nos parecen simplemente gestos.

Entonces bien vale una relectura de este derrumbe, cuyo autor clasifica como poemas y contra-poemas. Vamos por parte.

Hace algunos meses, y después de tres décadas, Claudio Giacconi regresa a Chile. Definitivamente, si este adverbio aún puede usarse en el Chile de hoy. Su nombre ha sido, para las promociones posterior-

res al 50, la relación de un título leído con avidez en el catálogo de Ediciones Universitarias. Su actitud sigue siendo ahora, después de haberlo conocido, un modelo de conducta pues, aun cuando todos los muros se derrumben, el espíritu crítico de las promociones posteriores a la suya, no habrá de ser aplastado. Ni aun por obra de las teorías que, de tarde en tarde, desembarcan desde viejas carabelas en pleno centro de Santiago.

El espíritu crítico es parte de las utopías. La insolencia ante la imbecilidad y ante quienes la practican va más allá que la simple murria. Esta tajante escritura del desprecio es parte de los sobrevivientes y, para ellos, Giacconi es un ejemplo.

Cincuenta poemas o antipoemas, constituyen las ocho secciones de **El derrumbe de Occidente**. Tal división corresponde a rasgos biográficos e individuales del autor, primero ante su historia y luego ante la de los demás. Se trata de New York, de EE.UU. Anochece y cae algo de nieve. Allí, en bares extranjeros o en pisos solitarios, este traductor de una agencia informativa, escribe poesía. Nada más sabemos de él, sino cuanto nos cuenta.

Su discurso mantiene la vi-

sión del desencantado, de quien viene (en lenguaje figurado) de vuelta. El poeta apunta al detalle con su dedo acusador, y al relatar delata esa verdad escondida en el sistema. Por ello una manzana *aunque sea/ de mal gusto recordarlo/ fue abonada/ con cenizas de la muerte*.

El desencanto obra por una serie de signos que se van acumulando en la percepción. Entonces, el poeta deduce, desde un factor particular (su percepción), la generalidad del mundo. Esta hipérbole derrumbadora de Occidente parte de su propia experiencia, como miembro de la sociedad.

No es primera vez que Giacconi utiliza este recurso. A fuer de repetitivo, cito un párrafo citado por Sánchez Latorre a comienzos del 89: "Hablar de un hombre histórico, es hablar de la Humanidad. Un hombre representativo detiene y contiene la historia: sintetiza su proceso. Conociendo a Gogol se conoce a Rusia". Palabras de Giacconi.

El hombre común persiste en su individualidad. O pervive. Por ello, es capaz de percatarse que el derrumbe de las estructuras sociales se está produciendo, o se ha producido, porque ya carece de validez.

Dónde están las cazuelas de antaño

El hilo conductor de **El derrumbe de Occidente**, parece ser entonces, la propia visión del autor o, en el terreno de la forma, la escritura antipoeética. Actitud posmodernista, dirán algunos; pero, ojo (como bien recomienda Giacconi), hay en estos textos una toma de posiciones absolutamente contraria a la mera contemplación de la derrota. Antipoesía, bien nos enseña Nicanor Parra, no es entrega. Es denuncia. Las exclamaciones de un autor sorprendido significan aullidos sordos de quien nada puede hacer, sino denunciar, ante la estulticia del poder. Al anunciar se denuncia. Basta anunciar los principios del enemigo para ridiculizarlo.

La vida anterior, la verdadera, que el autor rememora casi lúricamente, contenía sesgos de humanidad. Pero, como a Gaspar Hauser, le habrá de caer la navaja oculta en su propio destino, porque a la reordenación social le es inconveniente la verdad proclamada por quien vaticina. *Qué lindas eran las tertulias de antaño/ qué fea la cháchara sordomuda de hogaño*, nos parece entonces un grito de guerra menos letal, y menos peligroso, para sobrevivir en el caos contemporáneo.

Toda esperanza es necesaria, observamos. En *Pliego de peticiones*, nos dice: *No borren del mapa a la plaza de mi pueblo/ para cuando vuelva algún domingo estival/ al reencuentro de una infancia inconclusa...* Porque de no ser así las

abejas morirán y la miel se acabará. No es un postulado ecológico el formulado por Giacconi. Es una amenaza.

Superados los recuerdos de la infancia, Giacconi vaga por su New York fundamental, por el Central Park, *territorio libre de América*, y observa el medio cuando las ardillas se lo permiten. Y sus visiones, si no las de Hiroshima, son levemente catastróficas.

Stravinsky y Vivaldi se adormecen en el *spleen* de la gran ciudad. Los viejos jubilados de Lexington y 83, o los tropeles extenuados de Grand Central, no se percatan de la actividad destructora de su "América". Pero aún hay almas caritativas que rayan en los muros de Union Square *USA out of Everywhere!*. La megápolis ignora a este pasante que con desencanto denuncia. Y ese *¡qué se habrán imaginado!*, es, más que una traición, un acto de amor a Manhattan, a la manera, por supuesto, de Woody Allen y los apocalípticos aún no aplastados por el derrumbe o la integración.

Damas y caballeros

Las observaciones de Giacconi no bastan para determinar el mapa de las callejuelas. Habrá que buscar las razones de su ordenación y de su miseria. Y entonces apunta al poder, al espectro administrativo y a la política de dominación de los Estados Unidos como ente productor de transnacionales y esclavitud para nuestros pueblos.

Tal actitud no usa del panfleto ni de la militante denuncia. Simplemente hace lo que él sabe hacer: se burla. *El Presidente es un Gran Comunicador/ Los poetas son grandes comunicadores/ por lo tanto el Presidente es un Gran Poeta*. Y un poeta con mayúsculas, no cabe duda, en cuanto subvierte el orden natural de las cosas, la mismísima realidad, y la estatuye en un lenguaje de dominación. Que por cierto él domina. Otros mandatarios, de países menos poderosos aunque más serviles, tampoco escapan al dedo acusador de Giacconi: *Proteja la Democracia amenazada/ Suscríbase al Diario Oficial/ Combata el comunismo ateo/ Difame al Cardenal*. En donde el recurso de inversión (y también la sinécdoque) opone su rechazo a cuanto está anunciado.

Su antipoesía militante, que él prefiere llamar contra-poésía, rescata algo desde el caos actual. Un algo que a Giacconi se le agradece: el dedo en la llaga. Sólo las alegres muchachas, que simbolizan la vida, no se percatan de cuanto ocurre a su alrededor. Por ello, *Damas y caballeros/ esto es el mundo en que estamos viviendo/ Sin menoscabo a la inteligencia de la ilustrada concurrencia/ si hay alguien que lo entienda/ que por favor pare el dedo*.

Claudio Giacconi ha regresado a Chile y circula por el Parque Forestal y los alrededores de Lastarria. De seguro anda observando. ■